

INVESTIGACIÓN

Indios y mujeres en las luchas Independentistas de Charcas (1809-1825)

Luis Oporto Ordóñez*

RESUMEN

Breve estudio sobre la participación de indios y mujeres en la Guerra de la Independencia (1809-1825), actores sepultados por la historiografía oficial, a pesar de su peso gravitante en el desarrollo de la guerra que puso fin a 300 años de colonialismo español. Analiza el papel de las republiquetas comandadas por latifundistas criollos que abrazaron la independencia americana, poniendo a disposición de los comandantes guerrilleros, sus haciendas y sus indios. Destaca la participación de Juana Azurduy de Padilla, quien inmoló a la causa independentista, a sus hijos y a su propio esposo.

Palabras clave: <Mujeres en la Independencia><Guerra de la Independencia><Pueblos Indígenas en la Guerra de la Independencia>

Indians and women in the struggle's Independence of Charcas (1809-1825)

ABSTRACT

Brief study on the participation of women in the war of Independence (1809-1825), actors hide away by the official historiography, despite its important weight in the development of the war that ended 300 years of Spanish colonialism. It analyzes the role of the 'Republiquetas' commanded by native farmers who embraced American independence, putting at the disposal of the native commanders, their farms and their Indians. It emphasizes the figure of Juana Azurduy de Padilla, who blew himself up to the independentist cause, her children and her own husband.

Key words: <Women's in the Independence War><Independence War><Indigeous People at the Independence War>

NE: Este artículo fue publicado inicialmente en *Archipiélago. Revista Cultural de Nuestra América*. Vol. 17, No. 64, pp: 51-53. México, Universidad Autónoma de México. El artículo no circuló masivamente en Bolivia, lo que amerita su publicación en *Fuentes*.

* Magister Sientiarium en Historias Andinas y Amazónicas; docente titular de la Carrera de Historia de la Universidad Mayor de San Andrés, Miembro del Comité Regional del Programa Memoria del Mundo de América Latina y el Caribe UNESCO-MOWLAC

La Independencia patria se alcanzó luego de 16 años de cruenta guerra con España. Un proceso que se inició en el territorio de la Real Audiencia de Charcas, en 1809, pero que paradójicamente fue la última en culminar el anhelo de libertad e independencia, pues logró consolidarlo formalmente recién el 6 de agosto de 1825.

En ese dramático proceso independentista combatieron con similar denuedo, ofrendando la vida a la patria, hombres, mujeres, incluso niños, de distinto origen social siendo muchos de ellos criollos (españoles nacidos en América) y mestizos, al igual que miles de indígenas originarios, zambos, esclavos, pardos y morenos (negros).

La historiografía tradicional ha hecho mayor énfasis en analizar la lucha emprendida por la elite criolla, y ha dejado en segundo plano la participación popular, a pesar que ésta fue determinante para el triunfo de las fuerzas patriotas. Sin su concurso, sencillamente no habría patria.

Los orígenes

Los deseos de Independencia se remontan a mucho más antes del emblemático año de 1809. En 1730, la sublevación de Alejo Calatayud en Cochabamba es un ejemplo del espíritu levantisco en Charcas.

En 1776 la Corona de España impuso un nuevo Sistema Económico Colonial, caracterizado por la imposición del régimen de Intendencias de Provincia y de Ejército, dando fin al viejo Estado Imperial Español diseñado por el Virrey Francisco de Toledo en las colonias de Abya-Yala, denominada genéricamente “América”.

Esta medida reformista provocó un temblor social que estremeció la base misma del Imperio español en América. Rebeliones indígenas incendiaron el horizonte en 1780, con la tenaz oposición al nuevo régimen impuesto por la Corona. Tomás Catari, cacique de Chayanta pagó con su vida el levantamiento indio, asesinado de forma alevé en la quebrada de Chakatilla por sus captores, cuando era llevado a prisión. En 1782 la rebelión fue aplastada a sangre y fuego con el ajusticiamiento de los líderes guerreros aymaras y quechuas como Túpac Amaru (José Gabriel Condorcanqui), Túpac Katari (Julián Apaza) y Dámaso Katari. La misma suerte corrieron las bravas mujeres guerrilleras, Bartolina Sisa (La Virreina) y Micaela Bastidas. El corolario de la sublevación continuó en el altiplano aymara lacustre, hasta 1783, cuando los últimos caudillos fueron igualmente destrozados en cuatro partes.

Sólo entonces la Corona Española logró poner en vigencia la Real Ordenanza para el Régimen de Intendencias y Ejército en sus colonias. En el ínterin, España había



sido invadida por el ejército de Napoleón, deponiendo al Rey Fernando VII. Como paradoja de la historia, el desacato surgió en el seno mismo del Imperio, rebelándose sus súbditos que eligieron representantes en la Corte de Cádiz, oponiéndose a la tiranía.

La secuela de esta inusual acción llegó hasta las colonias, donde surgieron nuevas voces de rebeldía desde la despreciada raza española nacida en las colonias, debido a la ancestral prohibición de ceder los niveles de gobierno a esos nuevos actores políticos que clamaban por protagonismo.

Vientos de libertad y rebelión contra el León de Iberia

La llama de protesta surge vigorosa desde la sede de la Real Audiencia de Charcas, la ciudad de La Plata, deponiendo a su Presidente pero jurando lealtad al Rey, expresando el magistral silogismo de los rebeldes “Viva el Rey, muera el mal gobierno”. Leal por un lado, rebelde por el otro.

En la ciudad de Nuestra Señora de La Paz, se conformó una Junta Tuitiva abiertamente revolucionaria, liderada por Pedro Domingo Murillo y sus conjurados. Impusieron un gobierno criollo, deponiendo a las autoridades e implantando por primera vez un régimen independiente del todo de España. Los realistas aplastaron toda forma de gobierno criollo independiente y ahorcaron en plaza pública a los libertarios. Las cabezas de los insurrectos coronaban las picas a la salida de las ciudades, como escarmiento para otros alzados.

Pero la sed de libertad e independencia no cesó y empezó a abrazar, una a una a las posesiones de la Corona Real. El Virreinato del Río de la Plata (1810), el Virreinato de Nueva España (1810), el Virreinato de Nueva Granada (1810) y el Virreinato del Perú (1812).

El ejército del imperio

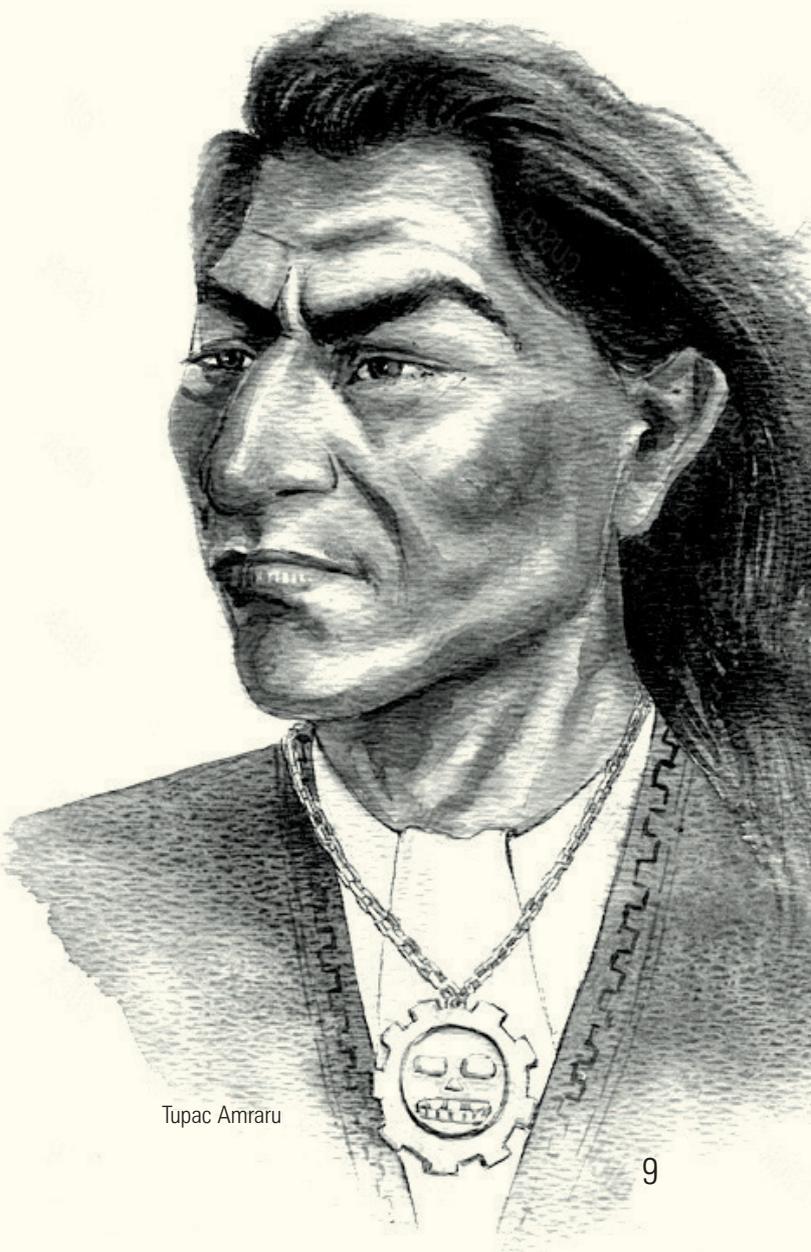
El Imperio Español envió un Ejército continental de 17.000 plazas para hacer frente a la guerra por la independencia. Ese ejército llegó a tierras americanas con la gloriosa honra de haber derrotado y expulsado a los invasores franceses. Parte de ese Ejército llegó al Perú, dirigido por mariscales y coroneles de alcurnia y rancio abolengo, como José de la Serna, Joaquín de la Pezuela y Jerónimo Valdés, héroes en la guerra contra los franceses. Entre los jefes españoles destacó José de Canterac, militar francés al servicio de España, que arribó a América con 3.000 plazas.

Curiosa fue la conformación del ejército realista, pues entre sus jefes militares estuvo la crema y nata del criollaje, entre ellos Pío Tristán, José Manuel Goyeneche, Pedro Antonio de Olañeta (terrateniente peruano nacido en España), Francisco Xavier de Aguilera, temibles realistas que se mantuvieron fieles a la corona española,

y otros como Agustín Gamarra, Andrés de Santa Cruz, Carlos Medinaceli y José Ballivián, que se pasaron al bando patriota.

Desde el norte, territorio de la Gran Colombia bajó un ejército patriota, al mando de generales venezolanos. Simón Bolívar y su lugarteniente Antonio José de Sucre, quien brillaría con luz propia en la batalla de Ayacucho, donde le fue conferido el Mariscalato. Joven militar, Sucre, liberal como el General Bolívar, tuvo a su conciencia otorgar la autoridad para formar gobierno en Charcas, al que los criollos nominaron de forma oportunista como ‘República de Bolívar’. Dada ya la independencia, el 6 de agosto de 1825, Sucre fue el primer presidente de la Patria, en su condición de delegado del Libertador Simón Bolívar.

Desde el Sur, subió raudo, otro ejército no menos valiente y temerario que el colombiano. A su mando estaba el General José de San Martín, acompañado en las gestas libertarias por generales criollos como Bernardo O’Higgins, cuyas luchas dieron lugar a la independencia de Chile y el Perú.



Tupac Amraru

Guerrillas y Republicuetas

Las tropas españolas fueron combatidas por temibles ejércitos criollos, subestimados por sus enemigos que los veían como una simple ‘turba’, sin preparación ni pertrechos. Los denominaron despectivamente como “Las Montoneras”, pero a la postre tuvieron que rendir las armas y estandartes del Rey ante sus aguerridos comandantes.

Los jefes montoneros eran latifundistas que abrazaron la causa de la Independencia y dispusieron para ese noble propósito los recursos de sus haciendas y las almas que las habitaban, logrando controlar inmensos territorios a los que dieron incipiente organización militar y administrativa. Así se erigieron, a lo largo y ancho del territorio de la Real Audiencia de Charcas, célebres Republicuetas autónomas. El método de lucha era la guerrilla, que permitió asestar duros golpes a las tropas imperiales.

En La Paz, el cura Ildefonso de las Muñecas instaló su cuartel general en Larecaja, desde donde combatió a los españoles enviados del Cusco, Arequipa y Lima. En ella combatieron también los hermanos Gregorio, Victorio y Martín García Lanza.

En Cinti, desde su Republicueta el patriota Vicente Camargo amenazaba Cotagaita, puerta de ingreso a Potosí, celosamente resguardada por tropas españolas. En Chuquisaca se formó un ejército al mando de Manuel Ascencio Padilla, que se hizo fuerte en Tomina y La Laguna, entre los ríos Grande y Pilcomayo. Desde este bastión controlaba Chuquisaca y garantizaba la ruta expedita para que pasaran los ejércitos argentinos.

En Chayanta, dominaban el medio geográfico, Betanzos e Ignacio de Zárate.

En Tarija, Eustaquio “Moto” Méndez, Camargo, Medinaceli, Francisco y Manuel de Uriondo, colaborados por el legendario General Martín Güemes desde Salta, hacían estragos a las tropas españolas.

En Cochabamba, se levantó la fortaleza de Ayopaya, región donde se formó un formidable ejército de cochabambinos, dirigido por José Miguel Lanza. José Antonio Álvarez de Arenales, armó su cuartel general en Mizque y Vallegrande. Controlaba los caminos que unían a Cochabamba, Santa Cruz y Chuquisaca.

El bravo comandante Ignacio Warnes García, combatió bajo el ejército argentino en Tucumán y Salta. Belgrano lo designó Intendente de Santa Cruz de la Sierra. Luego de su derrota en la batalla de La Florida, se unió a las tropas de José Antonio Álvarez de Arenales. Murió en la batalla de Pari.

¡Cuánta sangre joven ofrendaron esos temerarios patriotas! Apoyados por la inmensa masa formada por indios quechuas y aymaras, escribieron las páginas más gloriosas de esa gesta.

Indígenas

Tanto los ejércitos patriotas como los españoles, contaron con el apoyo de tropas indígenas, casi siempre como “carne de cañón”. Leales hasta la muerte, mostraron su valor y determinación por la causa que abrazaron.

El Cacique quechua de Chinchero, Mateo García Puma-cawa, y Manuel Choquehuanca, fieles a España, desolaron a sangre y fuego las poblaciones aymaras, apoyando a las tropas del Gobernador Manuel Quimper y Goyeneche, con 20.000 plazas reclutadas en Arequipa, Lampa, Azángaro, Tacna, Cusco, Pucara, Guancané, que ingresaron por el Desaguadero para liberar a La Paz del cerco indígena de 1811.

Por su parte los ejércitos patriotas comandados por criollos, estaban conformados mayoritariamente por mestizos e indígenas, incluso esclavos pardos y morenos, como aquellos liberados por Warnes, que pasaron a engrosar las tropas patriotas.

En el cerco de La Paz participaron entre 15.000 y 19.000 indios aymaras y quechuas de La Paz, que combatieron al mando de comandantes criollos y mestizos. Las tropas indias estaban situadas en Pampahasi, pero se extendían por Pequepunco, Palca, Cohoni, Potopoto, Coroico y Zongo. Estaban comandados por Juan Manuel de Cáceres y los caciques Titicocha, Santos Limachi, Vicente Choque, Pascual Quispe, entre otros.

A esas tropas se sumaron, posteriormente, el ejército de cochabambinos, al mando del comandante Esteban Arze, que presionó sobre Oruro con el concurso de indios que fueron calificados por los españoles como ‘muchedumbre de caballería’ y ‘agolpamiento de naturales’. Venían de los confines de Tapacarí, Sacaca y Chayanta, a los que sumaron 5.000 indígenas de Arque.

En las Republicuetas la composición de las tropas era similar. A Juana Azurduy de Padilla le acompañaron siempre sus fieles indios. Entre éstos destacó el más fiel que pudo tener, el poeta quechua Juan Huallparrimachi, que pereció defendiendo a su comandante.

En las tierras bajas citamos como ejemplos notables a los indios Canichanas de la Misión de San Pedro, los Caciques Juan Maraza, Pedro Ignacio Muiba y su lugarteniente José Bopi.

La epopeya de El Villar: la coronela Juana Azurduy de Padilla

Las mujeres protagonizaron los actos de mayor valentía, dada su condición de vulnerabilidad. En la Coronilla de Cochabamba, las madres, esposas e hijas de los patriotas, presentaron batalla ante el enemigo, azorado pero igualmente cruel ante la arremetida femenina. La historia del 27 de mayo de 1812 fue escrita con la sangre de esas valientes mujeres.

En el sur, otra mujer libró las memorables batallas de febrero y marzo de 1816, oportunidad en la que las tropas de criollos e indios derrotaron a lo más granado del ejército español que fue enviado contra Padilla y su esposa Juana Azurduy.

El Virrey Joaquín de la Pezuela envió 800 plazas para reforzar las fuerzas realistas del General J. S. de la Hera, al que se sumaron las del Mariscal de Campo Miguel Tacón, del Coronel Francisco de Aguilera; de Vicente Sardina (que brilló en la guerra de España contra Napoleón); del Comandante Felipe Rivero, las piezas de artillería del comandante Espartero, y las 500 plazas del Escuadrón de Notables organizado por tropas del coronel Manuel A. Tardío. En la tropa de 800 plazas del comandante Cueto, 40 eran fusileros y 30 lanceros; el resto eran indios de la región. Les apoyaba el comandante cochabambino José Serna con 40 fusileros y 2.000 indios.

Esa era la gloriosa composición del Ejército español. El General de la Hera soñaba con un triunfo anticipado sobre las 'Montoneras' y 'Gavillas' de Padilla y Azurduy, tropa patriota formada por 200 fusileros y 4.000 indígenas armados de hondas y *makanas*. La heroína Juana Azurduy tenía bajo su directo mando 30 fusileros criollos, 200 indios y una guardia de Amazonas.

En El Villar Juana Azurduy alcanzó la celebridad. El 12 de marzo de 1816 las tropas patriotas derrotaron a las del coronel P. Herrera, quien estandarte en mano rechazaba los ataques patriotas con "raro valor, pero agotadas las descargas, siendo vana la resistencia a la bayoneta, terminó aquella sangrienta acción por la más implacable carnicería". El ejército de veteranos que había entrado triunfante en La Paz, Puno, Cochabamba, Arequipa y el Cusco; que se había llenado de laureles en Villcapujio, Ayoma y Sipesipe; sucumbió ese glorioso 12 de marzo de 1816.

En el fragor del combate Juana Azurduy de Padilla arrebató la gloriosa insignia del comandante Herrera. Ante esa hazaña el general Manuel Belgra-



no recomendó se le otorgase el grado de Coronela de los Ejércitos, que se oficializó por Decreto de Juan Manuel de Pueyrredón, Director Supremo de las Provincias del Río de la Plata, el 13 de agosto de 1816.

Héroes olvidados

En ocasión de conmemorar el primer Bicentenario de su Independencia, Bolivia lo hizo en un contexto político, administrativo y cultural muy diferente a cualquier otro año. Como resultado de un largo proceso, se ha gestado el Estado Plurinacional que integra a todos los habitantes de Bolivia, que en los hechos ha reconocido por primera vez a los pueblos indígena- originario-campesinos como actores sociales con capacidades legales para formar parte de este Estado.



La Independencia debe entenderse como un proceso que ha generado una relación dispar y compleja entre aquellos habitantes originalmente dueños del territorio, con los nuevos rectores del destino nacional, que en 1825 fueron los hijos de los antiguos españoles.

Debe entenderse también como un proceso que tiene sus raíces en un pasado inmediato signado por la rebelión indígenal, en el lapso temporal de 1780 a 1783.

La historia de ese proceso de 16 años debe recoger la gesta de los aguerridos guerrilleros que formaron las Republicuetas, bastiones inexpugnables que detuvieron el avance colonial. Junto a estos patriotas, están los héroes indígenas cuya participación fue determinante en el desarrollo exitoso de la guerra por la Independencia de Charcas y América.

Si bien la historiografía tradicional invisibilizó sus nombres, no obstante sus hazañas fueron registradas en los Anales de la Historia de forma indeleble. Lo propio sucedió con los guerrilleros, de los cuales únicamente José Miguel Lanza logró ingresar a la administración del nuevo Estado. Ni la heroína Juana Azurduy de Padilla, coronela de los ejércitos patriotas, fue llamada a aportar con su concurso al desarrollo de la nueva patria, a pesar de haber perdido en esa guerra cruenta a su esposo y sus amados hijos.

El desafío de la historiografía contemporánea es exhumar sus nombres y desenterrar su protagonismo, para entregarlos como un legado inexcusable a las presentes y nuevas generaciones.

Bolivia se ha fijado como horizonte político, la conmemoración del Bicentenario de creación de Bolivia, el 6 de agosto de 2025, para cuyo fin ha diseñado un plan de desarrollo nacional denominado “Agenda del Bicentenario”. Esperamos que el 2025 se reconozca, como corresponde, a los héroes olvidados de la Independencia, como expresión de gratitud del pueblo boliviano.

Bibliografía consultada

ARZE AGUIRRE, René: *Participación popular en la Independencia de Bolivia*. La Paz, OEA, 1979.

BARNADAS, Josep. *Diccionario Histórico de Bolivia*. Sucre, Grupo de Estudios Históricos, 2002.

LORA, Guillermo. *Diccionario de Bolivia*. Obras completas. Tomo LXVI y LXVII.

ROCA, José Luis. *Ni con Lima ni con Buenos Aires. La formación de un Estado nacional en Charcas*. La Paz, IFEA/Plural, 2007.

URQUIDI, José Macedonio. *Glorias del tiempo heroico, 1809-1825. Las heroínas chuquisaqueñas. Juan Azurduy de Padilla*. La Paz, Vicepresidencia del Estado Plurinacional, 2009.

EL NACIMIENTO DE BOLIVIA

Los doctores de Charcas y la creación de Bolivia

Luis Oporto Ordoñez*

Paso a paso, casi minuto a minuto se reconstruye la épica reunión de Casimiro Olañeta con el Mariscal Antonio José de Sucre, a quien seduce magistralmente para incubar la idea de crear una nueva república, en el vasco y rico territorio de la real audiencia de charcas. Sucre firma el célebre decreto del 9 de febrero que abre las puertas para la creación del nuevo país.

Casimiro Olañeta y Güemes, personaje controversial de la historia republicana temprana, realista consumado, patriota de última hora, aparece como el artífice de lo imposible.

Usó la inteligencia (el arte conspirar) desde el inicio, delatando el potencial militar de su tío, el último león de Iberia, Pedro Antonio de Olañeta antes de la batalla de Junín. “Pedro Antonio Olañeta en Agosto de 1824 comandaba 12.000 soldados. Bolívar solo tenía 9.000. Pero el tío replegó a 4.000 anoticiado de una presunta revuelta en el Alto Perú”, afirma el escritor a José Antonio Loayza. “Ahora sí tenía la posibilidad de ganar”, habría manifestado al General Bolívar, el sobrino que abusó de la confianza de su tío.

¿Quién era este personaje tan importante en la historia de 1825? Su nombre era José Joaquín Casimiro Olañeta y Güemes. Nació en Chuquisaca (Sucre), el 3 de marzo de 1795. Se educó en Córdoba, Argentina, y regresó a su patria nativa en 1813. Aparentaba ser independentista, pero huyó ante la proximidad del ejército de José Rondeau. Los argentinos llamaban a charcas como Alto Perú, porque lo consideraban suyo, al haber pasado en 1776 a la jurisdicción del Virreinato de río de plata.

Su trayectoria fue sinuosa, aunque mantuvo lealtad constante España. La relativa estabilidad de las sedes de la Audiencia le facilitó culminar sus estudios de Derecho. Juró como abogado en 1817 y prestó servicios en altos cargos de la Audiencia. Era un personaje importante. Esa administración le facultó prestar asistencia legal al ejército realista de 1820. Casualmente, esa fuerza importante estaba bajo el mando de su tío Pedro Antonio de Olañeta, que hizo de Tupiza la sede de su administración.

Entretanto, los mariscales españoles ilustrados llegaron al Perú para dirigir los ejércitos contra las fuerzas de los comandantes patriotas que se habían hecho fuertes a lo largo y ancho del vasto territorio de Charcas.



Pintura sobre una batalla entre tropas realistas y las conformadas por los indígenas

José de la Serna, virrey del Perú, envió la fuerza del general Jerónimo Valdés contra Olañeta, pues éstos, jurando lealtad al restaurado Fernando VII, abandonaron Potosí, decidiendo formar un estado independiente, “llevándose los fondos reales y las joyas de la iglesias”, afirman algunos investigadores. Sin duda, es un capítulo aún inexplorado por la historiografía boliviana.

¿Cómo es, entonces que un realismo ultra montano aparezca en escena liderando la vanguardia ilustrada que conspiró para darle independencia al territorio de la Real Audiencia?

En contra partida, los héroes de la guerra de los 16 años por la independencia de España combatían sin dar ni pedir cuartel a la experimentada tropa realista.

Desde la insurgencia de Pedro Domingo Murillo, que osó formar el primer gobierno totalmente independiente de España en América del Sur, tres fuerzas avanzaron sobre Charcas: el Ejército Unido Libertador al mando de Simón Bolívar, los ejércitos “auxiliares argentinos del Río de La Plata y las fuerzas realistas del Perú, más los 12.000 efectivos de Pedro de Olañeta. Ningún otro país experimentó esta presión geopolítica sobre el territorio más rico de España en América.

El suplicio de Murillo no detuvo la sed de independencia. Emergieron desde todos los confines latifundistas criollos abrazando con fervor la causa de la Independencia, disponiendo sus haciendas para sufragar los gastos de guerra y sus indios para el combate a favor de la patria. Se formaron republicuetas autónomas, que emplearon el método de lucha de la guerrilla para

golpear a las tropas de los ejércitos realistas y huir preservando su fuerza letal. Larecaja, con el cura Ildefonso de las Muñecas; Cinti, con Vicente Camargo; Chuquisaca, con Manuel Ascencio Padilla; Potosí con Miguel Betanzos e Ignacio de Zárate; Tarija, con Eustaquio Moto Méndez, Camargo Medinacelis, José María Avilés, Francisco y Manuel Pérez de Uriondo; Ayopaya, en Cochabamba, con José Miguel García Lanza y Esteban Arze; y en Santa Cruz, Tucumán y Salta, Ignacio Warnes. Esta fuerza llamada despectivamente por los mariscales que vencieron a Napoleón, “gavilla de delincuentes”, “padillas” se nutrieron con las fuerzas de miles indígenas quechuas, aimaras e incluso de regiones de las tierras bajas, haciendo rajarse el suelo a los chapetones como dijo en su momento la heroína Juana Azurduy de Padilla.

Cuando se firmó el acta de la independencia de la República de Bolívar, excepto José Miguel Lanza, ningún patriota fue convocado para la Asamblea de Representantes. Allí estaban los Olañetas, los Urcullos, en suma, los doctores alto peruanos, como solían autodenominarse. ¡Hasta el nombre de la patria despreciaron!

Casimiro Olañeta conspiró para echar a Sucre y su ejército de Bolivia. Fue ministro de cinco presidentes, diputado (vitalicio) y embajador en Francia, ministro de la Corte Suprema de Justicia. El Presidente Manuel Isidoro Belzu lo desterró, en su breve y combativo gobierno que devolvió fugazmente la nacionalidad a los indígenas y liberó a los esclavos negros, reformando para ello la constitución. Fue por ello combatido. Casimiro Olañeta el 12 de Agosto de 1860.